

DE CAMINO AL INFIERNO: ÉTICA Y ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD CIVIL

*Fernando Leal Carretero**

RESUMEN

Organizaciones no gubernamentales, caridades y asociaciones civiles que proponen proveer salud, educación y otros servicios similares “éticamente profundos” sin el objeto de tener utilidad, se presentan a sí mismos ante el público como ejerciendo ciudadanía altruista. Sus gerenciales morales parecen impecables. Además, muchas cosas no son lo que aparentan ser, o lo que deberían ser, en lo que podríamos llamar “ciudadanía organizada”. El tenor principal de este artículo es que la teoría económica es capaz de lanzar una luz decisiva sobre qué puede ir mal y qué va mal detrás del velo de estas aparentemente benignas organizaciones. Tomando consejo de la escuela de elección pública en economía contemporánea, propongo un campo de investigación a ser llamado “elección cívica”, cuyo sujeto incluiría: 1) la estructura incentivo dentro de la ciudadanía organizada y sus consecuencias; 2) los múltiples caminos en que la ciudadanía organizada interactúa con los negocios y el gobierno, las consecuencias económicas de sus acciones y de las políticas a las que se dedica, especialmente cómo afectan a otras organi-

* Departamento de Estudios Socio-Urbanos, Universidad de Guadalajara (f.leal@prodigy.net.mx).

zaciones “no cívicas” e indirectamente al público y también al proceso general de politización que con frecuencia induce; 3) el “cálculo de consentimiento” que cuenta para las políticas internas de las mismas organizaciones.

La economía contemporánea comenzó con el reconocimiento de “fallas de mercado”, aunque la correspondiente promoción exagerada tuvo que ceder camino a la realidad crecientemente aceptada de “falla de gobierno”. Tal vez es tiempo de admitir que también existe algo como “falla cívica”. Los tres sectores de la sociedad —negocios, gobierno y organizaciones civiles— son necesarios, pero todos son también imperfectos.

Palabras clave: Ética, sociedad civil.

Introducción

Hoy día se habla mucho de la “sociedad civil”, y siempre en tono jubiloso. Si se quiere entusiasmar a la gente, basta con mencionar las organizaciones no gubernamentales, las iniciativas ciudadanas, las asociaciones no lucrativas o el tercer sector. Ya sabíamos (o creíamos saber) que el mundo de los negocios (el tan cacareado capitalismo) es algo muy, pero muy malo; nos ha costado algo de trabajo irnos convenciendo de que el gobierno tampoco es la gran cosa; y hemos llegado al punto en que sólo nos queda el tercer sector. Aquí sí (nos hacemos la ilusión) está lo que siempre hemos anhelado: virtud impoluta y bondad por la bondad misma. ¿Qué podría haber de más hermoso que los ciudadanos mismos juntándose y organizándose a fin de satisfacer las necesidades reales de todos, o al menos de los más necesitados, ahora que está claro que ni el Estado ni mucho menos los empresarios pueden hacerlo?

Muy pocas cosas en este mundo son lo que parecen, y la sociedad civil no es una de ellas, como la experiencia ha mostrado a quienes están dispuestos a observar y escuchar. Las buenas intenciones involucradas en montar, apoyar y administrar las organizaciones de carne y hueso que encarnan y dan poder real a la sociedad civil, conducen a resultados que nadie había previsto o predicho y con los que muy pocos pueden estar contentos. Para entender cómo es que ocurre esto, la ética no basta; se requiere también de la economía. ¿Por qué digo

esto? En toda acción humana se pueden distinguir y tradicionalmente se han distinguido tres elementos:

- las *intenciones* (fines, metas, objetivos, propósitos, prioridades, motivos, valores, creencias, ideas, ideales, expectativas, sentimientos, principios, planes, programas, políticas, leyes) que mueven a actuar a la gente;
- los *resultados* (consecuencias, efectos, logros, productos, subproductos, externalidades, estados finales) que emergen de las acciones de la gente, es decir, que tienen lugar al final del proceso iniciado con las intenciones;
- las *disposiciones* (rutinas, habilidades, destrezas, conocimientos, capital humano, hábitos, instituciones, reglamentos, organizaciones, mecanismos) que conducen paso a paso de las *intenciones* a los *resultados*.

En el curso de su larga y venerable aunque conflictiva historia, la ética se ha ocupado con los tres elementos. Pero este hecho no es conocido de todos. Según se enfatice uno de los tres elementos, los manuales en uso y los docentes han logrado hacernos creer que hay (¡qué casualidad!) exactamente tres escuelas éticas, cada una de las cuales corresponde a uno de los tres elementos, a saber, la escuela deontológica, la escuela consecuencialista y la escuela de la virtud, cuyos avatares más insignes son, respectivamente, los kantianos, los utilitaristas y los aristotélicos. Quienquiera que se asome a la literatura desde fuera (probablemente será el caso de la mayoría de los lectores de esta revista, ya que pocos filósofos habrá que la lean) será víctima casi segura de esta imagen distorsionada, simplificadora y equivocada.

La cuestión es que siempre que enfatizamos cualquiera de los tres elementos, en detrimento de los dos restantes, se perderán las conexiones profundas, las cadenas causales, la comprensión real de los fenómenos. Por ende terminaremos con una serie de abstracciones, materia inagotable de las disputas de cantina y cafetería o de los pleitos de familia en sobremesa, aunque también (algo más sutilmente) la moneda en curso de las discusiones de preparatoria, universidad y posgrado, incluyendo las de los filósofos profesionales. Digo incluyendo, porque la humanidad entera está en el mismo barco: políticos y clérigos, poetas y letrados, hombres y mujeres, ricos y pobres, gente de izquierda y derecha, todos discutimos

de la misma manera todo el tiempo. Parece que las cuestiones éticas interactúan con esos cerebros que la evolución ha asignado a la especie humana para hacernos dividir lo que va junto. El espectáculo continúa, la vieja comedia humana de las querellas y los malentendidos interminables. A lo que entiendo, Vilfredo Pareto y Max Weber se cuentan entre los autores que más lúcida y dramáticamente explicaron la situación a sus pares e indicaron la salida (véanse, p. ej., Pareto, 1913; Weber, 1909). ¿Cuál salida? Dicho en pocas palabras, juntar ética y economía. Se dice rápido, pero cuesta mucho trabajo.

Quiero hacer constar que no hablo aquí solamente de la *ciencia* económica, es decir, de ese corpus cada vez mayor de descripción y teoría acerca del comportamiento de consumidores, productores y mercados de todo tipo. Medido de la manera que se quiera, la ciencia económica es un logro impresionante. Sin embargo, muchos economistas, si no es que la mayoría, han insistido en que la economía es más que ciencia, más que ecuaciones de equilibrio general, modelos econométricos, hallazgos estadísticos y resultados en teoría de juegos. La economía, no dejan de decirnos, es también toda una *manera de pensar*, una “máquina de razonar” (Alfred Marshall), un “aparato mental y técnica de pensamiento” (John M. Keynes), un “enfoque general” (Gary Becker), el cual puede de hecho aplicarse a cualquier acción humana. Y aquí es donde la cosa se pone interesante. El modo de pensar económico tiene el mérito considerable de tomar en cuenta *los tres* elementos de la acción (intenciones, disposiciones y resultados) sin descuidar ninguno. Juntando así lo que estaba separado, la economía logra devolver a la ética la unidad perdida.

Antes de presentar mi argumento, quisiera aclarar dos cosas. En primer lugar, el hecho de que este artículo describa ciertos efectos perversos que provienen de las actividades de organizaciones no lucrativas, no significa que lamento todo lo que ellas hacen. Nadie puede perjudicar a todos todo el tiempo. Es más que probable que estas organizaciones hagan mucho bien parte del tiempo. Si enfatizo el lado oscuro, es por haber observado que mucha gente da por sentado que los benefactores de la humanidad siempre hacen bien. No es así y yo quiero entender por qué no es así. Este artículo no puede, por supuesto, ofrecer ninguna explicación completa ni definitiva; sería ridículo pretenderlo. Pero quisiera al menos dar los primeros pasos, cosa muy importante dado el constante crecimiento del tercer sector a nivel nacional e internacional.

En segundo lugar, no es mi intención hacerme el moralista y lanzar condenas contra ciertas prácticas del tercer sector. No me presento como juez, sino como observador que desea comprender lo que ocurre, las circunstancias en que ocurre y las razones por las que ocurre. El modo de pensar económico no anda enarbolando ni sacando a relucir los propios valores; simplemente trata de explicar cómo es que los valores de las personas producen ciertos ordenamientos sociales, los cuales a su vez desembocan en ciertos resultados sociales. La mejor manera de hacer esto no es en abstracto, sino mediante ejemplos dramáticos tomados de movimientos muy poderosos en el mundo contemporáneo, a saber, los encaminados a proteger el medio ambiente y los derechos humanos (sección 1). Tanto la importancia de estos movimientos como la sorprendente naturaleza de los acontecimientos descritos mostrarán (espero) al lector las buenas intenciones bajo una luz nueva. Sin embargo, esto no es suficiente, ya que tendríamos solamente dos elementos de nuestra narrativa, las intenciones y los resultados. Debemos preguntarnos por el elemento que conecta unas y otros: la organización que lleva de *tales* intenciones a *tales* resultados. Desgraciadamente no estoy en posición de llevar a cabo un análisis para ninguno de los grandes movimientos, no habiendo sido partícipe activo en ninguno de ellos. Debo entonces limitarme a ilustrar los problemas organizacionales mediante estudios de caso en pequeña escala que conozco un poco más de cerca, confiando en que mecanismos similares operen independientemente del tamaño de las organizaciones (sección 2). Todas las historias que voy a contar están tomadas de organizaciones claramente filantrópicas. Me queda claro que las organizaciones no lucrativas no son *eo ipso* filantrópicas en un sentido estricto. Los sindicatos, las asociaciones profesionales, las organizaciones culturales, los clubes deportivos e incluso los hospitales y las escuelas ordinarias, serían ejemplos más discutibles de una ciudadanía organizada *éticamente*, y por ello las dejo de lado en este artículo. A manera de conclusión, propondré que se necesita un tipo de investigación que aplique las herramientas del pensamiento económico al problema general de la acción y la elección propiamente civiles (sección 3).

1. Historias de dar miedo

Pareto solía decir que en todo movimiento social poderoso hay muchos creyentes verdaderos y fervorosos, pero también manipuladores cínicos que cabalgan sobre las emociones ajenas al tiempo que simulan compartir la fe. Si esta fuese una ley

de la sociología general, se aplicaría a todos nuestros muy estimados activistas. Yo preferiría pensar que no se aplica, aunque debo confesar que la manera como esos humanitarios difunden falsedades me hace a veces dudar. En 1997, el World Wide Fund for Nature (WWF), una red global llamada originalmente World Wildlife Fund (www.panda.org), declaró que “nuevas investigaciones del WWF muestran que casi dos tercios de los bosques originales del planeta se han perdido” (*apud* Lomborg, 2001, p. 16). Dos tercios son aproximadamente 66%, de manera que Lomborg, un experto en estadísticas en Dinamarca, quien sabía que las estimaciones científicas actuales andaban más bien alrededor del 20%, se sorprendió mucho con la noticia. Se dirigió entonces a WWF pidiendo ver el informe de investigación completo. Con toda la frescura del mundo se le dijo que no había tal informe. Aparentemente WWF había recibido los datos de un equipo de las Naciones Unidas, el World Conservation Monitoring Centre (www.unep-wcmc.org). Andar presumiendo que se ha hecho una investigación que no se ha hecho ya resulta bastante desvergonzado, pero la historia de Lomborg va más lejos: resulta que las cifras mismas eran más o menos ficticias. El problema es que este tipo de cosas no es excepcional, sino parte de un patrón de mentiras, embustes y hechos falsos bastante típico de las organizaciones ambientalistas (Lomborg, 2001, *passim*; véase también Simon, 1999).

Otras organizaciones filantrópicas parecen igualmente felices con esta manera de proceder. Así por ejemplo, un activista conocido confesó a un reportero que había inventado que los indigentes sin techo ascendían a 2 o 3 millones en los Estados Unidos: habiéndosele apretado un poco para que hiciera una estimación, su musa le había dictado aquella cifra, y a partir de allí todo mundo la había repetido como si fuera un hecho establecido científicamente. Temiendo el uso político de la cifra, el gobierno de Reagan replicó que el número de indigentes era al menos diez veces menor. Los activistas, como era de esperar, alegaron que no se podía confiar en lo que decía un gobierno de derecha. Eso dio pie para que varios científicos sociales se aplicaran a hacer una estimación según las reglas del arte, y de esa manera aclarar quién tenía razón. Los hallazgos de los investigadores confirmaron la tesis oficial. Pero los activistas no se inmutaron, sino que muy dignamente acusaron a los científicos de colusión con el gobierno (Best, 2001, pp. 34-37). Cuando todo falla, siempre queda el recurso de imaginar una conspiración. Y no crea el lector que se trata de un caso aislado: todos los movimientos “progresistas” utilizan este método e inflan con gran desenfado las cifras, por ejemplo, de violaciones, acosos, etc. (Best, 2001 y 2004, *passim*).

Ahora que en ocasiones las organizaciones activistas no se contentan con diseminar informaciones falsas, sino que hacen que ocurra lo que ellas mismas temen y contra lo que supuestamente luchan. Los “Guardianes de los Bosques”, un grupo de Santa Fe, Nuevo México, declaran sus propósitos en una página de internet (www.fguardians.org):

Proteger y restaurar la diversidad biológica y los depósitos acuáticos del sudoeste americano; educar y convocar a los ciudadanos para que apoyen la protección de los bosques, ríos, desiertos y praderas de esta región árida; luchar por los principios de la biología de conservación en planes que restablezcan los ecosistemas y depósitos acuáticos degradados; fortalecer y hacer obedecer las leyes de protección del medio ambiente; apoyar a las comunidades en sus esfuerzos por proteger sus tierras y practicar y promover el uso sustentable de los recursos naturales.

Sin duda una misión con la que todos estamos de acuerdo; o más bien, lo estamos hasta que nos enteramos que tras una demanda legal exitosa contra el gobierno federal de los Estados Unidos, se emitió una ley en los noventa que impidió la tala en los bosques nacionales de Nuevo México. El resultado:

En el año 2000 surgió un fuego alrededor de Los Álamos, Nuevo México, que terminó destruyendo completamente muchos de los bosques que los Guardianes querían preservar. Cuando el fuego se extinguió, Rex Wahl, director ejecutivo de los Guardianes de los Bosques, reconsideró su posición. “Es una tala juiciosa de árboles pequeños lo que se necesita”, dijo. (Stroup, 2003, p. vii.)

Un poco tarde para andar cambiando de opinión: con semejantes amigos los bosques estadounidenses no necesitan enemigos.

Pero la cosa no queda allí. Los autonostrados guardianes de la naturaleza no se limitan a agitar a favor de sus ideas, sino que de tanto en tanto toman la justicia en sus propias manos. Isabel Leal, una investigadora del Pacific Forestry Centre (parte del servicio forestal de Canadá), era una ambientalista convencida hasta que vio su trabajo arruinado por quienes ahora llama “eco-terroristas”. El así llamado “Ministerio para la Defensa Forestal” (activistas que se anuncian en <http://resist.ca/>) es uno de los grupos aparentemente responsables de la destrucción

de plantíos de investigación en la isla de Vancouver entre 1999 y 2000, los cuales justifican la acción violenta expresando un miedo bastante irracional a los cultivos transgénicos. La naturaleza surrealista de sus ataques nocturnos queda subrayada por la desinformación que padecían los activistas: perseguían árboles transgénicos donde no los había. Sus escasísimos conocimientos biológicos hacían que confundieran el cultivo selectivo con la ingeniería genética, destruyendo en su confusión árboles valiosos y con ellos la igualmente valiosa investigación en curso. Por falta de espacio no incluyo los horribles detalles, pero si el lector quiere hacerse su propia opinión, basta que me envíe un correo y con mucho gusto se los puedo enviar, lo mismo que el comunicado de los activistas.

Todos los ejemplos mencionados hasta ahora ilustran los efectos perversos de las buenas intenciones de la sociedad civil dentro de sus propios países. Pero los activistas han salido de sus fronteras nacionales y se han vuelto globales en sus ambiciones y alcance. Nuestros viejos amigos, el WWF antes mencionado, en confuso contubernio con la Wildlife Conservation International de Kenia, financiaron a un grupo de estudio, el Ivory Trade Review Group (<http://www.iucn.org/themes/ssc/sgs/afesg/pachy/pdfs/pachy11.pdf>), que en 1989 concluyó:

Son el comercio del marfil y la cacería para conseguirlo, no la pérdida de hábitat ni el aumento de la población humana, los responsables del descenso de los números de elefantes [en África]. (*Apud* Simmons y Kreuter, 1989.)

Esto es de entrada pura desinformación, ya que el elefante africano sin duda compite con los seres humanos por recursos escasos. Pero aceptemos que fuera verdad. El hecho es que varios gobiernos se lanzaron a pedir una prohibición inmediata al tráfico de marfil en todo el mundo. Tanto los Estados Unidos como la Unión Europea cerraron a ese comercio sus puertas por completo, y los destinos principales del marfil bruto, Japón y Hong Kong, pusieron también algunos candados. Por su parte, Kenia y Tanzania prohibieron la caza de elefantes, si bien nunca pusieron el dinero para una vigilancia efectiva. Resultado: la prohibición ha llenado los bolsillos tanto de los cazadores furtivos como de más de un político que colabora con ellos sacando ventaja del alza de precios que siempre produce una prohibición. En cuanto al objetivo de tantos esfuerzos admirables, el elefante africano continúa con serenidad su carrera hacia una segura extinción. En cambio, los gobiernos de Sudáfrica y Zimbabwe parecen haber escuchado con más cuidado a sus consejeros económicos, ya que cambiaron de táctica y en lugar de prohibir

la cacería de elefantes o la exportación de marfil, establecieron derechos de propiedad sobre los elefantes. En cuanto se declaró que las aldeas y algunas organizaciones de safari eran las dueñas legítimas de los animales, la caza furtiva se frenó y el número de elefantes comenzó a subir. Ya Aristóteles en su *Política* (1261^{b4}) había observado que nada sufre mayor deterioro que lo que es de todos. Si nadie es dueño de los elefantes, nadie los cuida. ¿O ha oído el lector que las vacas o los caballos sean en algún lugar del mundo una especie en peligro?

Con todo, una cosa son los árboles y los elefantes y otra muy distinta los seres humanos. Cualquiera pensaría que las organizaciones caritativas internacionales o las que defienden los derechos humanos andan de puntillas donde los ambientalistas corren y pisotean. Pues resulta que no. Todos estamos contra el trabajo infantil y aun más contra la esclavitud. ¿Quién entonces objetaría a la intervención de organizaciones poderosas que pretenden ponerles un alto? Y sin embargo, las siguientes dos historias muestran lo sorprendentemente fácil que es crear desdicha tratando de aliviarla:

En 1989 el tráfico de esclavos en Sudán, que había sido suprimido por el gobierno colonial británico, reemergió como consecuencia de acontecimientos políticos postcoloniales. Unos años después los hechos se volvieron públicos en el mundo occidental, y en reacción justificada a ellos se formaron varios grupos humanitarios (perfecto ejemplo de la sociedad civil en acción) para lograr el rescate de los esclavos. El resultado de estos loables esfuerzos fue la elevación del precio de los esclavos a 100 dólares por cabeza. El ingreso per cápita en Sudán era entonces de unos 500 dólares anuales, por lo que el mercado de esclavos se volvió muy rentable y de hecho se produjo un *boom* económico. En lugar de acabar con la infame trata, la intervención de la sociedad civil de Occidente terminó fomentándola. Los precios han continuado subiendo, y desde 1995 el número de actos de cacería de hombres ha subido año con año. La magnitud de una típica partida de cacería humana ha crecido seis veces. Nunca actuó la ley de la oferta y demanda con mayor crueldad. La situación de los esclavos ha empeorado más que nunca, ya que antes se permitía que algunos esclavos, especialmente las ancianas y los niños, regresaran a sus aldeas: los costos de alimentarlos, vestirlos y darles techo eran mayores que los beneficios de su mano de obra. Pero eso ya no es el caso, gracias al buen corazón y la mala teoría económica de la sociedad civil occidental. (Abreviado de Miller, Benjamin y North, 2001, cap. 7.)

En los noventa era frecuente escuchar llamados para la prohibición inmediata de importaciones de productos hechos con trabajo infantil. Los activistas buscaban involucrar a la Organización Mundial del Comercio en la imposición de sanciones comerciales contra las naciones donde prevalecía el trabajo infantil. Estos llamados eran un producto desdichado de malentendidos genuinos y a menudo de un proteccionismo económico egoísta: un esfuerzo por proteger empleos frente a la competencia extranjera, que se disfrazaba de preocupación por los niños desamparados.

Un ejemplo de lo que puede salir mal ocurrió en Nepal, como describe un estudio de 1995 hecho por UNICEF. En los noventa los opositores del trabajo infantil lograron un boicot global a las alfombras y tapetes hechos por niños. Muchos fabricantes de alfombras en Nepal reaccionaron de manera simple: despidieron sumariamente a los niños. Como resultado, entre 5000 y 7000 niñas se volvieron prostitutas. Una campaña bien intencionada terminó lastimando a las personas que buscaba proteger. Con un conocimiento algo más sofisticado de la economía se habrían podido evitar tales fallas. (Basu, 2003, p. 68.)

El camino al infierno está pavimentado con buenas intenciones. Personas poco sofisticadas podrían pensar que esto solamente ocurre cuando un buen corazón va de la mano con una baja inteligencia. Este no es el caso aquí: habrá seguramente personas poco lúcidas en las organizaciones que he mencionado, pero es imposible que todas lo sean. Es un hecho que la sociedad civil está llena de gente lista. ¿Qué es entonces lo que falla en los ejemplos citados, aparte de la mera ignorancia o el mal razonamiento ocasional? Toca a los expertos develar la dinámica interna de estas grandes organizaciones. Mi propia experiencia con algunas pequeñas solamente me permite sugerir pistas.

2. Lo pequeño no siempre es hermoso

Las organizaciones no lucrativas suelen distinguirse de las otras por el gran número de voluntarios que trabajan en o para ellas (Salamon *et al.*, 1999). Pero aunque el entusiasmo y el sentido de misión que caracteriza el trabajo voluntario es admirable, también es cierto que no hay tiempo para todo. Si una organización de estas puede contar con personas retiradas, las cosas tal vez funcionen bien; pero si los voluntarios son gente muy ocupada, tarde o temprano algo sale mal.

Una organización de derechos humanos contaba con una lista nominal de 20 o 30 miembros. La vaguedad de la cifra indica que no siempre se podía contar con la asistencia de todos a las reuniones, ya no digamos con su trabajo activo. No creo exagerar al decir que, para efectos prácticos, la organización tenía tres o cuatro personas solamente. La famosa “lógica de la acción colectiva” (Olson, 1965) se confirma aquí: la mayoría de la gente deja que los más motivados trabajen por todos. Esto tiende a arruinar los objetivos de la organización o al menos a deteriorar los resultados. Pero estos ciudadanos organizados habrían de caer en una trampa exquisita. Un azar del destino hizo que los fundadores del grupo fueran gente que se inclinaba políticamente a la izquierda. No hay problema con eso; nada impide que alguien de izquierda se preocupe por los derechos humanos en su comunidad. Pero admitamos que la causa de los derechos humanos es universal. Al advertir luego de las primeras reuniones que nuestro pequeño grupo tenía un claro sesgo político, intenté señalar los peligros: una joven organización que intenta ser aceptada por la sociedad no se puede permitir que la identifiquen con una facción política. La solución que propuse era invitar al menos a algunos ciudadanos prominentes que estuvieran claramente en el extremo opuesto del espectro político. Con mucha cortesía se hizo a un lado mi propuesta, si bien la formulé de varias maneras.

¿Por qué cuento estos detalles? No fueron ellos en sí mismos los que me hicieron abandonar esta organización, sino algo que resultó de ellos. Los derechos humanos, como bien sabe el lector, constituyen una idea muy ambiciosa. Cualquier persona pensante que lea la declaración de las Naciones Unidas sufrirá vértigo: ¡es el paraíso sobre la Tierra! Pero si dejamos de lado los deseos piadosos, está claro que hay prioridades. En una ópera muy popular el poeta alemán Bertolt Brecht hace que uno de sus personajes cante con voz aguardentosa aquello de *Erst kommt das Fressen, dann kommt die Moral*, o sea que primero hay que comer antes de hablar de ética. De modo análogo siempre he pensado que en las partes del mundo más abandonadas de la mano de Dios, como desgraciadamente todavía es el caso de grandes porciones de la América Latina, la prevalencia de la tortura como método de investigación policiaco y judicial es uno de los problemas de derechos humanos más importantes, y ciertamente mucho más urgente que la mayoría de los otros que proclama la declaración de la ONU. Nunca he conocido a nadie que esté en desacuerdo conmigo en este punto, por lo demás obvio. Ciertamente mis camaradas en la organización de que hablo

nunca me contradijeron cuando lo saqué a relucir. El consenso era ciertamente más bien pasivo y tibio, ya que, como dije antes, la mayoría de los miembros dejaba que unos pocos de nosotros nos ocupáramos del asunto. Pero nunca nadie nos impidió hacerlo. Sin embargo, las inclinaciones políticas del grupo produjeron un resultado inesperado. Cuando se dieron las primeras elecciones nacionales, la asociación civil se volvió una maquinaria de observación electoral para el partido de izquierda. Y lo más curioso de todo: los recursos y disposición de trabajar, que habían estado tristemente ausentes cuando se trataba de enfrentar el problema de los abusos policíacos y judiciales, de repente se volvieron abundantes y hasta exuberantes. ¿La excusa para este repentino giro en la jerarquía de prioridades en la que parecíamos estar de acuerdo? El artículo 21 de la declaración de la ONU, la cual contiene la siguiente joya (<http://www.un.org/spanish/aboutun/hrights.htm>):

La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

Suena muy bien, ¿verdad? Pues resulta que, sobre la base de tener los seres humanos el derecho a “elecciones auténticas”, nuestra pequeña asociación se dio el lujo de olvidar la tarea de impedir las atroces torturas que ocurrían en las delegaciones de policía, a fin de hacer que se respetaran los votos de la izquierda. Sírvase el lector notar que en aquel entonces era yo un partidario del partido de izquierda tan convencido como el que más. Luego deseaba fervientemente que esos votos fueran respetados. Pero el punto es otro: el punto es que no importa cuáles sean los fines y consensos de una organización no lucrativa; no importa que las acciones elegidas correspondan o no a esos fines y consensos; no importa ni siquiera que tales acciones sean o no razonables en las circunstancias concretas: si los sentimientos y creencias de una parte importante de los miembros apuntan en una dirección determinada, el barco se moverá en esa dirección. No me parece apresurado concluir que esto es una receta segura para el tipo de efectos perversos que observamos en pequeñas y grandes organizaciones.

Paso a otro caso. En casi todo el mundo las escuelas privadas no pueden ser empresas en sentido estricto, sino que pertenecen al tercer sector. De alguna manera se ha establecido la creencia de que no deberían obtenerse ganancias

por educar a la gente. Nunca he entendido las razones de esto, pero lo acepto como uno de esos hechos brutos con que nos topamos en la vida. Comoquiera que ello sea en el caso general, cuando se trata de la llamada “educación especial”, es decir, de las escuelas que atienden niños con desventajas mentales o físicas tan grandes que nadie puede esperar que sobrevivan los rigores de la educación general ordinaria, este motivo caritativo se vuelve aun más fuerte. No solamente produce un efecto de selección en quien se capacita para atender a esos niños, sino que afecta las relaciones tanto dentro de la escuela como con los padres y el público en general. Una actitud benévola, una disposición generosa y una porción de bondad mayor que la ordinaria, es parte del trabajo y todo mundo cuenta con ello. Las cosas son probablemente como deberían ser; y hasta donde alcanza mi experiencia se trata de un fenómeno prevalente en las escuelas de educación especial. Sospecho incluso que ayuda a explicar una buena parte de las cosas que ocurren en esas escuelas. La cantidad de virtud y amor es tal, que las personas —maestras y padres de familia— parecen olvidar con frecuencia que hay facturas que pagar, el dinero tiene que alcanzar, los cheques de sueldo deben estar listos a fin de mes, las cuentas no pueden estar mal. Una escuela de educación especial puede ser una organización caritativa, pero también es cierto que de algo hay que comer. Sólo la directora de la escuela no puede darse el lujo de olvidar la realidad o la escuela desaparece en un agujero negro financiero.

¿Por qué cuento esto? Porque una escuela que conozco fue originalmente fundada y financiada por filántropos, y logró por un tiempo no caer en ese agujero negro gracias a la oportuna generosidad de uno de ellos. Pero no lo logró por mucho tiempo. Quienes estaban al frente de la escuela debieron aprender a sobrevivir y florecer bajo condiciones de mercado, que se complican por el hecho de que la educación de un niño severamente discapacitado no suele estar muy alto en la lista de prioridades de su familia; ciertamente está por debajo de otros gastos en que la familia debe incurrir para mantenerse viva y sana. La escuela de que hablo se mantuvo al borde del naufragio hasta que se nombró una directora fuerte que la salvó de la bancarrota, y ha logrado hasta ahora dirigir el barco de manera que no encalle. Por lo que me cuenta, sucede a menudo que los padres se las ingenian para creer que el cuidado y educación de su hijo o hija es algo así como un derecho innato, de tal manera que el personal de la escuela tiene la obligación de atender a la criatura, incluso cuando las cuotas no se pagan. Esta situación ya es de suyo interesante, pero lo es todavía más una peculiar

manifestación de misericordia de que hacen gala las maestras. A menudo le piden a la directora, por ejemplo, que se otorgue una beca a una familia en problemas. Si esto es contablemente posible, la directora accede con gusto. Pero a veces no lo es, y ella es quien primero se lamenta. Cuando las maestras insisten, mostrando con ello su buen corazón, la directora sugiere que ellas mismas compartan el costo, ya que no se podría financiar de otra manera. Cuando los ingresos de la maestra o maestras entran en escena, la iniciativa y la caridad terminan. Pido al lector que no me malentienda: estas personas de que hablo son estupendas, es un gusto hablar con ellas y una inspiración mirarlas trabajar con los niños. Lo que, sin embargo, no parecen ellas meterse en la cabeza es que, a final de cuentas, sólo hay un presupuesto, y tanto becas como salarios salen de la misma bolsa. Cuando la directora sintió la escuela más firme económicamente, comenzó a darse tiempo para hacer investigación y entonces nombró a una de las maestras como directora en funciones. El cambio es completo. Ahora que esa maestra tiene la responsabilidad de llevar las cuentas, ha dejado de quejarse de falta de caridad al tiempo que ha comenzado a recibir quejas del mismo tipo por parte de sus antiguas colegas. O mucho me equivoco o tenemos aquí un poderoso mecanismo en acción: ser caritativo con el dinero de los demás, o el famoso “hombre olvidado” de William Graham Sumner (<http://www.blupete.com/Literature/Essays/Best/SumnerForgotten.htm>). La única diferencia con Sumner es que el presupuesto de una escuela no lucrativa es mucho más pequeño y restringido que el erario público.

Esta mezcla de bondad y olvido de las finanzas puede ilustrarse con otra historia de la misma escuela. Aparte de educación primaria para niños con discapacidades graves, la escuela ofrece clases vespertinas para ayudar a niños cuyas dificultades no les impiden integrarse en las escuelas ordinarias. Por razones administrativas que no interesa detallar aquí, los salarios de las maestras dependían del número de niños que atendían. Esto funcionó muy bien hasta que la persona que llevaba las cuentas comenzó a fallar. La directora decidió simplificar las cuentas y en una reunión se acordó un salario fijo. Recuerdo esto con mucha claridad porque la directora me contó de esta decisión en una comida. Mi reacción no fue muy de su agrado: predije que, faltando el incentivo de llenar las aulas, el número de niños atendidos disminuiría y la escuela entraría en números rojos. Las personas, le expliqué lo más gentilmente que pude, se adaptan a las circunstancias; es un asunto de teoría económica elemental. Mi amiga me regañó y me dijo que no

conocía a la gente que trabajaba en educación especial. Lamento decir que tuve razón, como la directora me confirmó varios meses después. El servicio vespertino de la escuela se estaba yendo a la bancarrota. En la sociedad civil los incentivos funcionan igual que en las empresas y en el gobierno. No siempre, como en este caso, se tratará de dinero; pero recuerdo a los lectores que la economía trata de preferencias y satisfactores en general, no solamente los que se asocian con el dinero. Luego no me parece descabellado generalizar la idea.

Termino con una última experiencia en esa escuela. Los padres de niños discapacitados viven bajo una presión difícil de imaginar. No solamente se sienten culpables de haber traído a este mundo a un niño tan indefenso, sino que necesitan constantemente de comprensión y apoyo. Las emociones involucradas son extremadamente contagiosas, especialmente para personas de buen corazón. Todo mundo se siente motivado a “hacer algo”, aun cuando en ocasiones hay poco que se pueda realmente hacer. El conocimiento sobre las causas de las discapacidades y la intervención basada sobre él, ni abunda ni es fácil de obtener. Las maestras de educación especial son enormemente creativas, pero hay limitaciones intrínsecas a la solución de este tipo de trastornos. Para complicar aun más las cosas, es a menudo difícil decir si el progreso que un niño logra habría tenido lugar sin intervención pedagógica, como resultado de la propia maduración cerebral del niño y su desarrollo fisiológico general. En todo caso, los padres no se dejan impresionar por tales consideraciones; sus necesidades emocionales son sencillamente muy grandes. Por su parte, algunas educadoras sienten la tentación muy comprensible de exagerar sus conocimientos y habilidades; y hasta la más escrupulosa maestra se ve presionada a actuar sin saber bien lo que hace, e incluso sospechando que lo que hace podría muy bien ser inútil. El resultado de semejante dinámica compartida e infecciosa es que la gente tiene a menudo expectativas demasiado altas. Doy en pensar que dinámicas como estas y procesos de contagio análogos no ocurren solamente en las escuelas de educación especial, sino que *mutatis mutandis* tienen sus correspondientes en organizaciones más grandes y complejas que exigen de sí mismas acciones drásticas e inmediatas.

3. ¿Cómo eligen los ciudadanos?

Los anteriores son ejemplos de lo que podríamos llamar “elección civil” o incluso “elección ciudadana”. Como tales, se encuentran a mitad del camino entre los dos tipos de elección más asiduamente estudiados por los economistas: la elección pública y la elección privada. Cuando elijo comprar una nueva bicicleta de montaña o bien un boleto para que mi hijo vuele a un país extranjero; invertir mis ahorros en acciones de Telmex o en mandar a mi hija a la universidad; usar mi tiempo para escribir una novela o para mirar las estrellas por el telescopio, estoy haciendo elecciones claramente *privadas*. Me afectan a mí y a los míos. En cambio, cuando como ciudadano voto por un candidato; como diputado trueco mi apoyo a la ley X, a cambio del apoyo de otros diputados a favor de la ley Y; como burócrata rechazo una concesión, estoy haciendo elecciones *públicas* que afectan a los demás, a veces a todos los habitantes de mi ciudad, mi estado, la nación y hasta el mundo entero. ¿Dónde quedarían las “elecciones civiles”?

Cuando los economistas comenzaron a escribir en serio a fines del siglo XVIII, estaban muy conscientes del carácter opresor de todos los gobiernos que en el mundo habían existido (con otras palabras, recelaban de las elecciones públicas). Eso los inclinaba a exaltar las virtudes del mercado (es decir, las elecciones privadas; véase Hirschman, 1997). A lo largo de más de un siglo, la economía procedió así a formular una teoría cada vez más sofisticada de las elecciones privadas, tales como se expresan en los diferentes mercados. Al gobierno, en cambio, o bien se lo ignoraba o bien se lo consideraba como un mero factor exógeno de distorsión: los impuestos alteraban los precios que se hubieran formado bajo la libre competencia. Pero ocurrió que poco a poco, en unos países más que en otros, se fue domesticando al gobierno, se fue transformando el viejo *caprice du prince* en los métodos civilizados del parlamento y la burocracia “racional”. Como resultado de esta evolución histórica, algunos economistas a comienzos del siglo XX comenzaron a olvidar qué horribles podían llegar a ser las elecciones públicas. Habiéndose vuelto optimistas sobre el gobierno, se volvieron contra el sector privado y comenzaron a construir argumentos contra las “fallas de mercado”, las cuales justificarían una intervención pública en la economía, vista ahora con buenos ojos y cristales color de rosa. Esta nueva perspectiva teórica ha engendrado casi todo el análisis macroeconómico moderno, y contribuido a aumentar el presupuesto público a expensas de los bolsillos

privados (véase Tanzi y Schuknecht, 2000; Snowdon y Vane, 2000; Cowen y Crampton, 2002). A manera de reacción a estos excesos, surgió hace como 50 años la teoría económica de las elecciones públicas, la cual ha documentado en detalle los fenómenos paralelos de las “fallas de gobierno” (un panorama actualizado se puede consultar en Rowley y Schneider, 2003).

Por su parte, y con pocas y parciales excepciones (p. ej., Tullock, 1966; Ireland y Johnson, 1970; Alchian *et al.*, 1973), los economistas no parecían creer que las elecciones y actividades de los ciudadanos en organizaciones no lucrativas requerían de una teoría especial. Si una persona elige gastar su dinero en una computadora para donarla a la escuela del barrio o elige emplear su tiempo libre en recolectar ropa y alimentos para los damnificados de un temblor, se podría considerar esta elección ya como privada ya como pública; todo dependería de la descripción. ¿A qué tratarla como un tipo intermedio? Esta vieja actitud está felizmente comenzando a desmoronarse, y una nueva economía que se ocupa con el tercer sector se encuentra en pleno surgimiento (véase Powell, 1987; Weisbrod, 1988, 1998; Hammack y Young, 1993; Kaltenbach, 1995; Salamon *et al.*, 1999; Magnet, 2000; Ott, 2001; Frumkin, 2002; Beito *et al.*, 2002; Glaeser, 2003; Dollery y Wallis, 2004; Steinberg, en prensa). Las elecciones civiles tienen un lado privado y uno público, pero difieren de ambos en forma teóricamente interesante. Los tipos de bienes que tratamos de producir, distribuir y consumir en el tercer sector tienen características que los distinguen de los bienes privados y públicos; y las fallas que ocurren en este sector (como las ilustradas en este artículo) presentan características especiales, las cuales merecen escrutinio y definen un área de estudio: la teoría de la elección civil, la economía de la caridad, o como se la quiera llamar. A ella contribuyen especialmente los economistas, pero los sociólogos, antropólogos y teóricos de las organizaciones tienen mucho que aportar también, conocedores como son de los microfenómenos que constituyen el vínculo disposicional que lleva del paraíso de las buenas intenciones al infierno de los efectos perversos. Las narrativas y minicasos que he presentado antes no aspiran a otra cosa que ser un grano de arena en el proyecto de unir las ciencias sociales con el objeto de entender cuándo, cómo y por qué las elecciones civiles fallan o aciertan en la realización efectiva y duradera de nuestros anhelos y valores.

A las mezquindades y crímenes de la humanidad, creía Dostoievski —en un imaginario Juicio Final— no poder contraponer sino la figura de Don Quijote. Me opongo a esa visión literaria. Ciertamente es que la combinación de pasión política, buenas intenciones y ese misterioso pero potente sentimiento de injusticia que alimenta nuestros sentimientos de rabia, indignación y culpa nos impelen a actuar, aquí y ahora, *ya*. Y cierto también que nuestro entusiasmo por *desfacer entuertos* rara vez se acompaña de conocimiento genuino; pero ese conocimiento no nos está totalmente oculto. Un primer paso para acceder a él sería reconocer que ninguno de los tres sectores de la sociedad —privado, público y civil— es perfecto, y los tres son necesarios.

Bibliografía

- Alchian, Armen, William R. Allen *et al.* *The economics of charity: essays on the comparative economics and ethics of giving and selling, with applications to blood.* Institute of Economic Affairs, Londres, 1973.
- Basu, Kaushik. "The economics of child labor". *Scientific American*, Oct. 2003, pp. 66-73.
- Beito, David T., Peter Gordon y Alexander Tabarrok (editores). *The voluntary city: choice, community, and civil society.* University of Michigan Press, Ann Arbor, Michigan, 2002.
- Best, Joel. *Damned lies and statistics: untangling numbers from the media, politicians, and activists.* University of California Press, Berkeley, California, 2001.
- Best, Joel. *More damned lies and statistics: how numbers confuse public issues.* University of California Press, Berkeley, California, 2004.
- Cowen, Tyler y Eric Crampton. *Market failure or success: the new debate.* Elgar, Cheltenham, Inglaterra, 2002.
- Dollery, B. E. y J. L. Wallis. *The political economy of the voluntary sector.* Edward Elgar, Northampton, Massachusetts, 2004.
- Frumkin, Peter. *On being nonprofit: a conceptual and policy primer.* Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2002.
- Glaeser, E. L. (editor). *The governance of not-for-profit organizations.* The University of Chicago Press, Chicago, 2003.
- Hammack, David C. y Dennis R. Young (editores). *Nonprofit organizations in a market economy: understanding new roles, issues, and trends.* Jossey-Bass, San Francisco, 1993.

De camino al infierno: ética y economía de la sociedad civil

Hirschman, Albert O. *The passions and the interests*. 20ª edición. University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1997.

Ireland, Thomas R. y David B. Johnson. *The economics of charity*. Center for the Study of Public Choice, Blacksburg, Virginia, 1970.

Kaltenbach, Pierre P. *Associations lucratives sans but*. Denoël, París, 1995.

Lomborg, Bjørn. *The skeptical environmentalist: measuring the real state of the world*. Cambridge University Press, Nueva York, 2001.

Magnet, Myron (editor). *What makes charity work? A century of public and private philanthropy*. Ivan R. Dee, Chicago, 2000.

Miller, Roger L., Daniel K. Benjamin y Douglass C. North. *The economics of public issues*. 12ª edición. Addison Wesley, Boston, 2001.

Olson, Mancur. *The logic of collective action: public goods and the theory of groups*. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1965.

Ott, J. Steven (editor). *The nature of the nonprofit sector*. Westview Press, Boulder, Colorado, 2001.

Pareto, Vilfredo. "Il massimo di utilità per una collettività in sociologia". *Giornale degli Economisti*, abril, 1913, pp. 338-341. [Reimpreso en Giovanni Busino (editor). *Scritti sociologici*. UTET, Turín, 1966, pp. 661-665.]

Powell, Walter W. (editor). *The nonprofit sector: a research handbook*. Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1987.

Rowley, Charles K. y Friedrich Schneider (editores). *The encyclopedia of public choice*. 2 vols. Kluwer, Dordrecht, Holanda, 2003.

Salamon, Lester M. *et al.* *Global civil society: dimensions of the nonprofit sector*. The Johns Hopkins Center for Civil Society Studies, Baltimore, 1999.

- Simmons, Randy T. y Urs P. Kreuter. "Herd mentality: banning ivory sales is no way to save the elephant". *Policy Review*, Otoño 1989.
- Simon, Julian. *Hoodwinking the nation*. Transaction Publishers, New Brunswick, 1999.
- Snowdon, Brian y Howard R. Vane (editores). *Conversations with leading economists: interpreting modern macroeconomics*. Elgar, Cheltenham, Inglaterra, 2000.
- Steinberg, Richard S. *The economics of nonprofit enterprises*. Edward Elgar, Northampton, Massachusetts, en prensa.
- Stroup, Richard L. *Eco-nomics: what everyone should know about economics and the environment*. Cato Institute, Washington, D. C., 2003.
- Tanzi, Vito y Ludger Schuknecht. *Public spending in the 20th century*. Cambridge University Press, Nueva York, 2000.
- Thomas, Lewis. *The fragile species*. Macmillan, Nueva York, 1992.
- Tullock, Gordon. "Information without profit". *Papers on non-market decision-making*, I. Thomas Jefferson Center for Political Economy, University of Virginia, Charlottesville, Virginia, 1966-1967, pp. 141-159. [Reimpreso en *The economics of wealth and poverty*. New York University Press, Nueva York, 1986, pp. 73-88.]
- Weber, Max. "Zu den Verhandlungen über die Produktivität der Volkswirtschaft". [Texto publicado por vez primera en: Marianne Weber (editora). *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*. Mohr Siebeck, Tübingen, 1924, pp. 416-423.]
- Weisbrod, Burton A. *The nonprofit economy*. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1988.

De camino al infierno: ética y economía de la sociedad civil

Weisbrod, Burton A. (editor). *To profit or not to profit: the commercial transformation of the nonprofit sector*. Cambridge University Press, Nueva York, 1998.